

## GLOSAS Y COMENTARIOS

**Manuel Foyaca**

### ***El pensamiento revolucionario de Marcuse: Ultima formulación***

*Durante cuatro días, del 10 al 13 de julio de 1967, expuso y discutió Herbert Marcuse su pensamiento revolucionario en la Universidad Libre del Berlín Oeste. Entre sus interlocutores se hallaban figuras tan relevantes como Jacob Taubes, los profesores Löwenthal, Schwan y Claessens, y los revolucionarios Peter Furth, Rudi Dutschke, Wolfgan Lefèbre y otros muchos, situados en las distintas tendencias del marxismo actual. La exposición inicial y el diálogo subsiguiente fueron recogidos en cinta magnetofónica; con lo que preparado el texto fue impreso en alemán por Verlag von Maikowski, sin revisión alguna de Marcuse. Se trata, pues, de una edición espontánea, en la que las ideas del autor aparecen sin retoque. La versión española, realizada por Ariel, S. A., en Barcelona, al año siguiente, con el título "El final de la Utopía", nos permite conocer en su auténtica crudeza las ideas revolucionarias de Marcuse, tal como las formuló en Berlín.*

La Humanidad, para Marcuse, camina apresuradamente hacia una nueva sociedad libre; aunque trate de impedirlo la "organización de dominio" imperante en la sociedad capitalista actual. La tecnología, a su entender, ha alcanzado ya tal desarrollo que es posible realizar la plena emancipación del hombre, eliminando juntamente la miseria y la represión. Se impone, por tanto, en fecha no lejana, una ruptura en el continuo histórico. No se conservará "lo viejo con atuendo nuevo", ya que no bastan las reformas. Una sociedad nueva, cualitativamente diferente, sucederá a la antigua, cumpliéndose por fin la predicción de Marx (1).

Hasta ahora, esta sociedad fue calificada por muchos de "utópica", por no haber analizado suficientemente la significación del vocablo; pero

(1) "Al contemplar la situación no puedo imaginarme nuestra determinación de una sociedad libre más que como negación determinada de la sociedad existente. Pero no es lícito entender la negación determinada como si fuera pura y simplemente lo viejo en atuendo nuevo. Por eso he subrayado la ruptura, de nuevo en este caso, en el sentido del marxismo clásico" (Marcuse, "El final de la Utopía"; Barcelona, 1968; p. 34).

Marcuse rectifica su sentido. Un proyecto de transformación social puede justamente ser tildado de "Utopía", si su realización se muestra incompatible con las exigencias de las leyes científicas; mas, no tan sólo si lo dificultan la ausencia de ciertos factores objetivos y subjetivos en un momento dado. Respecto a la transformación marxista, presentes están ya las fuerzas materiales e intelectuales necesarias, aunque el modo actual de producción siga impidiendo su aplicación racional; su adecuado empleo en una economía marxista contribuirá a terminar con la miseria, con el trabajo alienado y con el exceso de represión social. Faltan tan sólo las condiciones subjetivas revolucionarias, y su puesta a punto no parece difícil... Con tales reflexiones, Marcuse da por terminado el razonable empleo del término "Utopía", al ser ahora posible construir el sistema.

Una rápida ojeada a la sociedad actual capitalista, le permite a Marcuse asegurar con toda decisión que el régimen burgués ha llegado ya hasta el límite de su posible desarrollo, forzando de este modo el paso al socialismo. En efecto, las exigencias de la racionalización industrial, multiplicando el número de técnicos y de científicos al tiempo que disminuye la fuerza física laboral, va haciendo cada día más difícil la obtención del "beneficio"; y estos cambios, que aumentan el capital fijo en la empresa, dificultarán la competencia con la producción socialista, no sujeta a la obtención de lucro. Por otra parte, al extenderse la automatización con su mayor producción en menor tiempo, se encontrará el capitalismo ante una alternativa trágica: facilitar la ocupación libre creadora del obrero, o someterlo aún más a la represión dominante; y, en ambos casos, el descontento creciente en el trabajo alienado será la consecuencia. Y, por si todo esto fuera aún poco, Marcuse ve en el capitalismo la contraposición en aumento entre una expansión gigantesca de las fuerzas productivas y su utilización destructiva y represiva (2).

Cerrando esta visión pesimista del capitalismo, hace Marcuse el recuento de las nuevas fuerzas revolucionarias que, en su seno, están creando las condiciones subjetivas para la revolución. Estas son, refiriéndose especialmente a los Estados Unidos, la "Nueva Izquierda", los "Infraprivilegiados" y los "Privilegiados". La "nueva izquierda" norteamericana está compuesta por intelectuales liberales, por grupos que luchan por los derechos civiles y por pandillas de jóvenes "hippies"; no representan una sola clase, ni profesan un marxismo ortodoxo (3). Los "infraprivilegia-

(2) "Las contradicciones clásicas internas al capitalismo son hoy más violentas que nunca, particularmente la contradicción general entre el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas y la riqueza social, por un lado, y la utilización destructiva y represiva de esas fuerzas productivas, por otro: esa contradicción es hoy infinitamente más drástica que nunca" (Marcuse, *Ibid.*, p. 23).

Si el lector compara estas afirmaciones de Marcuse con el análisis que de la sociedad capitalista hace en "El Marxismo Soviético", asegurando repetidamente la consolidación del régimen capitalista y la debilitación de sus crisis, no suficientemente entendido desde la Unión Soviética, encontrará sin duda alguna contradicción. Debe, sin embargo, advertir la diferencia de fechas y el carácter revolucionario del auditorio ante quien tiene que formular breve y demagógicamente su última postura.

(3) Refiriéndose a los grupos juveniles, Marcuse hace una declaración no exenta de interés para el lector: "Se pretende que he dicho que la oposición estudiantil puede hoy y por sí misma hacer la revolución. Y que también he dicho que lo que en América llamamos "hippies" y ustedes llaman "grammler", "beatniks", es la nueva clase revolucionaria. Estoy muy lejos de hacer afirmaciones así. Pero sí que quiero indicar que hoy hay efectivamente en la sociedad tendencias —anárquicamente sin organizar, tendencias espontáneas— que anuncian la ruptura total con las necesidades dominantes en la sociedad represiva. Los grupos a los que ha aludido usted son característicos de un estado de desintegración del sistema..., que acaso un día, junto con otras fuerzas objetivas mucho más potentes, puedan tener su función" (Marcuse, *Ibid.*, p. 21).

dos" son algunas minorías raciales y nacionales —negros y portorriqueños—, que, aunque no muy organizados, entrañan con su inconformidad un gran peligro para el capitalismo norteamericano; y, paralelamente, en Europa, el proletariado bajo todavía no aburguesado. Los "privilegiados" representan la nueva clase laboral, los técnicos, ingenieros y científicos, "niños mimados" del capitalismo, que ocupan una posición central en el proceso productivo, y que podrían convertirse en el núcleo verdadero de una fuerza transformadora; y a éstos se añade la oposición estudiantil, los llamados *dropouts* o estudiantes perpetuos, que aportan elemento juvenil de apoyo al Movimiento pro Derechos Civiles, de lucha contra el predominio de la "mercancía" y de oposición callejera a la guerra del Vietnam. Una nueva corriente ideológica desintegradora une Marcuse a estos tres sectores de las nuevas fuerzas revolucionarias: el repudio de la moral dominante, y muy especialmente de la moralidad sexual cristiana.

Presentes ya en la escena las fuerzas humanas que forzarán la marcha hacia la nueva sociedad, Marcuse considera todavía esencial una nueva ideología que facilite el cambio. Tal es, a su entender, una Antropología que en su doble acepción teórica y práctica, señale las nuevas exigencias de la vida humana. Entre ellas, la primera, el disfrute de una libertad no limitada por la escasez de bienes y el trabajo alienado; enumerando a continuación las necesidades que en la futura sociedad libre sustituirán las de la sociedad actual. Ellas son para Marcuse —y cierto que no se esmera en ser original— la aspiración a la paz, al descanso, a la felicidad y a la intimidad de la esfera privada; que reemplazarán a la lucha por la vida y a la concurrencia, a la producción despilfarradora y destructiva, y a la represión de los instintos, valores que a su juicio sostienen el dominio de la sociedad actual. Una nueva moral, heredera a la par que negación de la moral judeo-cristiana de Occidente, normará la conducta de los hombres del futuro.

Llegado aquí, tan sólo falta un rasgo para completar su pensamiento; y Marcuse lo añade en esta exposición sumaria de los coloquios de Berlín: ¿Cómo ha de renovarse la formulación del Marxismo? Marcuse es un viejo marxista, desde luego; pero su marxismo se ha readaptado a las nuevas circunstancias históricas, no previstas por Marx. Porque, en efecto, la sociedad que intuyó Marx en su tiempo, como lógica derivación del régimen capitalista del siglo XIX, se encuentra ahora en retraso con las posibilidades de las fuerzas productivas de la segunda mitad del siglo XX... Y si en su época, la tecnología no permitió a Marx pensar en construir el reino de la libertad, sino más allá de las fronteras del reino de la necesidad, la reducción actual del tiempo de trabajo necesario para satisfacer las exigencias de la vida, ha venido a ofrecer —ampliando el tiempo libre— la posibilidad de "desarrollar en el reino del trabajo mismo aquellas cualidades de la libre existencia humana que Marx y Engels se vieron aún obligados a remitir al reino situado más allá del trabajo" (4). Por otra parte, Marx se fijó demasiado en la productividad del trabajo, valorando con exclusividad la economía y la abundancia de bienes materiales de con-

(4) "La relación del hombre con la naturaleza se ha transformado ya, y el reino de la necesidad se convierte simplemente en un reino distinto cuando con los medios de la consumada técnica es posible suprimir el trabajo alienado, y una gran parte del trabajo socialmente necesario se hace experimento técnico. En estas condiciones resulta efectivamente cambiado el reino mismo de la necesidad, y así acaso podamos contemplar como capaces de desarrollarse en el reino del trabajo mismo aquellas cualidades de la libre existencia humana que Marx y Engels se vieron aún obligados a remitir al reino situado más allá del trabajo" (Marcuse, *Ibid.*, p. 25).

sumo, cuando —sin olvidarlos— es preciso insistir en las cualidades estético-eróticas del hombre, para lograr la convergencia entre la técnica y el arte, entre el trabajo y el juego; cosas que ya Fourier, sin conseguirlo, intentó en sus *Falanstarios*, al pretender armonizar la satisfacción de las necesidades humanas con las inclinaciones instintivas. Además, la Teoría Crítica —es decir, el Marxismo— no debiera limitarse a corregir la mala existencia del capitalismo; dando, en cambio, acogida a todas las posibilidades de la libertad, aun las más extremas, considerando a ésta como “algo que no existe aún, ni ha existido nunca” (5).

Hasta aquí las ideas esenciales de Marcuse, tal como las expuso antes de empezar las discusiones. Numerosas aclaraciones hechas posteriormente nos permiten completarlo, reordenándolas sistemáticamente.

\* \* \*

Es de interés, en primer término, conocer el juicio que Marcuse se ha formado de la actual sociedad industrializada norteamericana, para poder valorar mejor su repulsa. Respondiendo al profesor Löwenthal, hubo de reconocer los lados positivos del sistema, confesando abiertamente que no luchaba contra una sociedad terrorista, ni contra una sociedad incapaz de funcionar por encontrarse en desintegración... Muy al contrario, a su entender, la actual sociedad capitalista funciona “extraordinariamente bien”; y ha logrado superar la miseria y la pobreza en una forma desconocida anteriormente. Mas, no obstante estos aspectos positivos, tiene que constatar otros tan negativos como la guerra del Vietnam, el apoyo prestado a regímenes dictatoriales en otros países, el desprecio a minorías raciales y nacionales dentro de las propias fronteras y el despilfarro monstruoso de las propias riquezas (6).

Decidida por Marcuse la necesidad de la lucha, al enumerar los métodos, como buen marxista insiste ante todo en la formación de la conciencia subjetiva, único elemento que aún falta para empezar la revolución. E insiste en despertar el horror contra un sistema que amenaza con “la destrucción total”; que utiliza las fuerzas productivas “para explotar y oprimir”; y que, para proteger su abundancia “equipa al mundo llamado

(5) Marcuse insiste en este pasaje en la posición a la vez realista y pragmática de todo buen marxista ante las posibilidades de la libertad: “... precisamente porque las posibilidades llamadas utópicas no son en absoluto utópicas, sino negación histórico-social determinada de lo existente, la toma de conciencia de las fuerzas que las impiden y las niegan exigen de nosotros una oposición muy realista, muy pragmática. Una oposición libre de toda ilusión, pero también de todo derrotismo, el cual traiciona ya por su mera existencia las posibilidades de la libertad en beneficio de lo existente” (Marcuse, *Ibid.*, pp. 17-18).

(6) “Mucho más serio me resulta lo que ha dicho usted acerca de los datos positivos del sistema al cual nos oponemos. Este es precisamente el punto con el que siempre tropiezo y en el que siempre pienso... No estamos luchando contra una sociedad terrorista. No luchamos contra una sociedad que haya mostrado su incapacidad de funcionar. No luchamos contra una sociedad que esté ya en desintegración. Luchamos contra una sociedad que funciona extraordinariamente bien; y —cosa más grave— luchamos contra una sociedad que efectivamente ha logrado superar pobreza y miseria en una medida desconocida en los estadios anteriores del capitalismo... Es verdad: tenemos hoy en Estados Unidos un nivel de vida, un confort inimaginable incluso para amplias capas de la población. Pero nosotros... sabemos y sentimos al mismo tiempo que tenemos otras cosas más, a saber, no sólo la guerra de Vietnam, no sólo una sociedad que impone en el mundo los regímenes policíacos y dictatoriales más represivos, sino también una sociedad que en la misma metrópoli trata a las minorías raciales y nacionales como a ciudadanos de tercera clase, una sociedad que dilapida monstruosamente su riqueza...” (Marcuse, *Ibid.*, pp. 108-109).

libre con dictaduras militares y policíacas" (7). Pero, al mismo tiempo que se forma la conciencia de los revolucionarios, advierte que debe aprovecharse toda grieta para ahondar las divisiones en la sociedad; y, al efecto, proclama el derecho de resistencia como un derecho superior, de validez universal, directamente vinculado con el derecho natural (8).

Marcuse no teme la violencia como método de lucha; justificándola y diferenciándola del "terror blanco", en cuanto la violencia revolucionaria siempre se ordena a la instauración de una sociedad libre. Mas, en su sentir, la revolución nunca debería degenerar en actos de crueldad, a menos de reconocer su propia perversión (9). En cuanto al odio, "elemento humano y humanista", sin el cual no es posible ninguna revolución, tiene Marcuse su propia ideología, discorde en absoluto con el sentido cristiano, hasta el punto de confesar que nada hay "tan indignante como la amorosa prédica "Amad a vuestros enemigos" en un mundo en el cual el odio está en realidad institucionalizado plenamente" (10). Esto, no obstante, insiste poco después ante un interlocutor demasiado violento en el valor de los argumentos humanitarios y morales, que deben convertirse en "fuerzas sociales centrales" (11).

Entre todas las críticas hechas a Marcuse en estos cuatro días de coloquios, ninguna le escoció tanto como la acusación insinuada de "anarquista", lanzada por Löwenthal, al compararle más que con Marx con Bakunin... La respuesta fue tajante: "Creo que lo que yo y lo que la oposición tenemos en mentes es muy distinto de una política de la destrucción por amor a la destrucción... En ningún caso, ni implícita ni explícitamente, he postulado una política sostenida por el placer de la destrucción" (12). Pero no satisfechos con la respuesta, sus opositores insistieron de nuevo con Marcuse en que diera alguna prueba que hiciera buenas sus palabras, ofreciendo alguna solución social concreta que sustituyera lo que ansiaba destruir... Marcuse se excusó, observando no ser preciso poseer el plano exacto del edificio nuevo para empezar a derribar la cárcel en cuyo empizamiento aquél se habría de edificar... Y de esta posición no fue posible moverle, por más que lo intentaran sus

(7) "Despertar la conciencia de la horrorosa política de un sistema cuyo poder y cuya opresión aumentan con la amenaza de la destrucción total; un sistema que utiliza las fuerzas productivas de que dispone para explotar y oprimir; un sistema que para proteger su abundancia equipa al mundo llamado libre con dictaduras militares y policíacas" (Marcuse, *Ibid.*, p. 60).

(8) "La lucha en dos frentes es más aguda que nunca. Por una parte es necesaria la liberación de la conciencia; por otra, es necesario sorprender toda posibilidad de resquebrajadura en la estructura de poder gigantescamente concentrado de la actual sociedad" (Marcuse, *Ibid.*, p. 31).

(9) "Cuando en una revolución se produce la transformación del terror en actos de crueldad, brutalidad y tortura, es que la revolución se ha pervertido" (Marcuse, *Ibidem.* p. 82).

(10) "Lo único que se me ocurre decir al respecto es que una parte de nuestra tarea consiste en evitar esa mutación en la medida de lo posible, o sea, mostrar que la brutalidad y la crueldad pertenecen necesariamente al sistema de la represión, y que una lucha de liberación no necesita esa mutación del odio en brutalidad y crueldad. Es posible golpear a un adversario, derrotar a un adversario sin necesidad de cortarle las orejas o las piernas, y sin necesidad de torturarlo" (Marcuse, *Ibid.*, página 41).

(11) "Hemos de volver a aprender de una vez lo que hemos olvidado bajo el fascismo y lo que ustedes, que nacieron después del primer período fascista, no han conseguido aún llevar plenamente a conciencia, a saber: que los argumentos humanitarios y morales no son mera falsa ideología, sino que pueden convertirse y tienen que convertirse en fuerzas sociales centrales" (Marcuse, *Ibid.*, p. 68).

(12) Marcuse, *Ibid.*, p. 108.

contrarios: Marcuse se empeñaba en seguir trabajando "por la transformación de la sociedad existente sin ofrecer alternativa concreta", ya que la misma negación encerraba —para él— una solución positiva. Para ilustrar su pensamiento no dudó en enumerar una serie de exigencias negativas que, en sola su enunciación, mostraban a las claras el tipo de sociedad propugnado para los Estados Unidos, para Berlín Occidental y para Persia... Sólo su lectura muestra la vaciedad en este caso del otra veces profundo pensamiento de Marcuse; y así debieron manifestarlo, escépticos, sus contrarios, por lo que Marcuse hubo de confesar, para cerrar la discusión, que la debilidad actual de la fuerza estudiantil revolucionaria no exigía de momento mayor esfuerzo para anticipar los planos de la sociedad futura; tanto más que, "creyendo en el poder de lo negativo", siempre se podría encontrar posteriormente un tiempo "para llegar a lo positivo" (13).

En la nueva sociedad de Marcuse, como en la marxista, no habrá sitio para las actuales clases poseedoras, tenidas por "explotadoras"... Una dictadura parece necesaria para "oprimir a los opresores", ya que éstos no han de aceptar el reprimirse por sí mismos y Marcuse no logra imaginar cómo "por vía evolutiva" sería posible cambiar un "adoctrinamiento y homogeneización casi totales" (14).

Finalmente, refiriéndose al Estado, Marcuse distingue con acierto entre el Poder político y la Autoridad racional en la sociedad del futuro. El primero, como ya predijo Marx, ha de desaparecer; la segunda, bió-

---

(13) "Cuando en el lugar de una cárcel se quiere construir una casa de viviendas, hay que empezar efectivamente por derribar la cárcel, porque si no es imposible empezar siquiera la construcción de las viviendas... No es necesario tener ya el plano exacto del edificio nuevo para empezar a derribar la cárcel, siempre, desde luego, que se sepa uno decidido y capaz de poner en el lugar de la cárcel el edificio de viviendas, y siempre que se sepa también —cosa que me parece decisiva— cómo ha de ser en general una vivienda decente. Sobre los detalles, en cambio, es perfectamente posible llegar a un acuerdo más tarde" (Marcuse, *Ibid.*, p. 108).

Al lector se le ocurrirá obviamente la inconveniencia de derribar a la vez todos los techos de la cárcel antes de empezar la nueva construcción, so pena de quedarse a la intemperie. Más razonable parecería empezar a derribar y a construir; y para esto, no se necesitará —como afirma bien Marcuse— disponer de todo el plano completo; bien puede dejarse para el final el elegir los colores de las paredes y la decoración interior del nuevo edificio, pero parece imprescindible haber determinado la profundidad y disposición de los cimientos, la altura del edificio y el material de construcción, así como la distribución interior de los pisos, cosas que en la exposición de Marcuse no parecen claramente proyectadas respecto a la sociedad futura por la que se afana.

"Si yo tuviera que dar respuesta en América a la pregunta: «¿qué queréis realmente poner en el lugar de la actual sociedad?», yo contestaría: queremos una sociedad en la que no haya guerras coloniales, en la que no sea necesario recurrir a guerras coloniales, en la que no sea necesario levantar y sostener dictaduras fascistas, en la que no haya ciudadanos de segunda y de tercera clase. Todas estas formulaciones son negativas. Pero hace falta ser completamente tonto para no ver que en esa formulación negativa se encuentra ya lo positivo"... Tal vez el lector, sin adjudicarse por completo el calificativo generoso que prodiga Marcuse, pueda observar que durante toda la historia se han dado guerras coloniales, apoyo a gobiernos tiránicos y ciudadanos de segunda, tercera y quinta clase, siendo no obstante muy diversos los regímenes políticos en los que se padecían tales desafueros... Siendo esto así, ¿cómo piensa Marcuse que los lectores han de coincidir en las líneas fundamentales de una nueva sociedad, con sólo prescindir de estas notas abusivas?

(14) "Respecto del problema de la dictadura: sólo he formulado una pregunta, porque no me puedo imaginar cómo podría mutar en su contrario, por vía evolutiva, esta situación de adoctrinamiento y homogeneización casi totales. Me parece que de un modo u otro tiene que producirse una intervención, que de un modo u otro será necesario oprimir a los opresores, pues éstos, desgraciadamente, no se reprimen a sí mismos" (Marcuse, *Ibid.*, p. 43).

gicamente siempre necesaria, ha de continuar, ya que es imposible toda convivencia sin algún género de represión (15).

\* \* \*

Conocido sumariamente el pensamiento revolucionario de Marcuse, tal como lo formuló en julio de 1967 en la Universidad Libre del Berlín Oeste, unas pocas reflexiones ayudarán a valorarlo, reduciéndolo a justas proporciones al margen de toda demagogia.

Interesa, en primer término, aquilatar la confianza puesta por Marcuse en el desarrollo de la técnica, apta ya para poder asegurar la sociedad I de la abundancia y su reparto según necesidades, previsto por Marx en la segunda fase comunista. Un cálculo fundamental dilucidará el problema: el *per capita* de la producción mundial actual. Con datos facilitados por el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, podemos valorar la suma del Producto Bruto Nacional de todos los países en una cifra aproximada a 1.724,115.000,000 de dólares; y dividiendo esta cantidad entre los 3.500 millones de hombres que en la actualidad pueblan la tierra, obtendremos un *per capita* anual de unos 492 dólares, casi equivalente al *per capita* de España... El lector puede juzgar —reconociendo el desarrollo indudable de España— si tal suma permite asegurar la abundancia... Las técnicas avanzan, y con paz y trabajo la producción crece, asegurando una mejor vida fundada en la justicia; pero, ni en la desarrollada Norteamérica los 3.000 dólares que a cada ciudadano tocan podrían asegurar la satisfacción de todas las necesidades básicas, aun en el supuesto absurdo de que de esta cantidad no se dedujera siquiera una quinta parte para asegurar con nuevas inversiones el futuro de la producción. Parece, pues, ilusoria la terminación de la Utopía, cuya realización se dificulta aún más por el aumento creciente de la población mundial. Y esto, aun en el supuesto gratuito de que todos aceptaran voluntariamente los cambios proyectados por Marcuse; porque, de haber resistencia, ésta no ayudaría a incrementar la producción, sino a destruirla por una larga etapa.

Si por nuestra parte no es difícil aceptar la existencia de las fuerzas objetivas tecnológicas que aseguren de inmediato la abundancia, de momento Marcuse tampoco reconoce la presencia de fuerzas revolucionarias prontas para realizar el cambio. No confía en los obreros industriales de los grandes países capitalistas, demasiado "aburguesados" por su mejor nivel de vida; ni en los técnicos y científicos, satisfechos con su posición "privilegiada"; ni en los grupos juveniles inconformes, exóticos o normales, todavía desorganizados... Hoy por hoy, "nadie es capaz de dar una receta, de indicar: ahí tenéis vuestras fuerzas revolucionarias, esa es su fuerza y hay que hacer tal y tal cosa" (16). Ni siquiera los movimientos nacionales de liberación del Tercer Mundo constituyen un movimiento suficientemente fuerte "como para derribar el capitalismo tardío en cuanto sistema"... Para Marcuse, sólo "una confluencia de fuerzas transformadoras presentes en los centros del capitalismo tardío con

(15) "Si es demostrable que la supresión del poder es biológicamente imposible, reconoceré: la idea de la supresión del dominio es una utopía. No creo que se haya aducido hasta el día de hoy esa demostración. Lo que sí debe de ser probablemente imposible, desde el punto de vista biológico, es salir adelante sin ninguna forma de represión" (Marcuse, *Ibid.*, pp. 44-45).

(16) Marcuse, *Ibid.*, p. 22.

otras del Tercer Mundo" crearía el nuevo agente revolucionario del futuro; mas, al producirlo, "es en realidad una de las tareas más difíciles (17).

Cuanto a la dificultad intrínseca que encuentra la empresa —llamada por Marcuse "capitalista"— para prolongar su vida, valga la experiencia histórica. Ciertamente, en teoría, las exigencias de una racionalización al máximo debieran dificultar la obtención del beneficio. Sobre todo, si se atiende a una mayor inversión en capital fijo, y a una disminución relativa de la parte destinada a salarios, fuente, según Marx, de toda plus-valía. Pero, el hecho es —y el mismo Marcuse lo reconoce ampliamente en "El Marxismo Soviético"— que ya hace más de un siglo que los secuaces de Marx esperan pacientemente caer sobre el cadáver, y el sistema "agonizante" encuentra en cada crisis las energías y la imaginación suficientes para convalecer y transformarse, corrigiendo paulatinamente muchos de los defectos denunciados por Marx... Y el denunciado ahora por Marcuse —"la contradicción general entre el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas... y la utilización destructiva y represiva de esas fuerzas productivas, por otro" (18)— no parece exclusiva de los grandes países de Occidente, en esta hora de locura de los hombres...

Al menos, unas pocas líneas merecen por nuestra parte las reflexiones filosóficas hechas por Marcuse al anunciar la nueva Antropología que orientará la humanidad futura... Invitado a comentar la frase de Guevara, "estamos construyendo el hombre del siglo XXI", Marcuse reconoció que la nueva antropología se anunciaba ya en las luchas de liberación del Tercer Mundo y en algunos de los métodos aplicados a su desarrollo; y comunicó a sus oyentes —sin necesidad de citar a Fanon o al "che" Guevara— una breve noticia del Vietnam que le impresionó "enormemente", por ser "un romántico absolutamente incorregible y sentimental"...: "Era un informe muy detallado en el cual se mostraba, entre otras cosas, que en los parques de Hanoi los bancos se hacen de la dimensión justa para que quepan dos personas y sólo dos personas, de modo que cualquier cargante carezca ya de la mera posibilidad técnica de estorbar" (19)... Y, acto seguido, sin duda entre carcajadas, se dio por terminado el primer día de coloquios (20).

La nueva formulación hecha por Marcuse de la sociedad marxista presenta dos ideas de interés: una, la insistencia en la libertad, retirando el acento casi exclusivo puesto por Marx sobre la economía; otra, la anticipación del trabajo "libre", sin esperar a ver cumplidas las necesidades materiales. Alguien calificó a Marcuse de "roussonian", por su obsesión libertaria; y es muy posible que, en el fondo y a pesar de su procedencia marxista, su fidelidad actual a Marx sea motivada por el deseo de ami-

(17) Marcuse. *Ibid.*, p. 65.

(18) Marcuse. *Ibid.*, p. 23.

(19) Marcuse, *Ibid.*, p. 49.

(20) Volviendo sobre el problema de unas nuevas necesidades humanas para una nueva Antropología, un oyente objetó a Marcuse la dificultad de experimentarlas sin antes instaurar una nueva organización social que las produzca. El revolucionario profesor reconoció modestamente: "Con esto ha tocado usted la dificultad mayor del asunto. Su objeción dice que para desarrollar las nuevas necesidades hay que empezar por suprimir los mecanismos que reproducen las viejas necesidades. Para suprimir los mecanismos que reproducen las viejas necesidades tiene que empezar por existir la necesidad de suprimir los viejos mecanismos. Este es exactamente el círculo aquí presente, y no sé cómo se sale de él"...  
Tal vez al lector le ocurra una salida no vista por Marcuse: No de golpe y totalmente, sino tentando el cambio parcialmente y dando tiempo al tiempo.

norar las limitaciones de la libertad individual en la sociedad capitalista —“injustas” por excesivas—, concretadas en el trabajo alienado bajo las órdenes de otro y en las presiones sociales impuesta por el lucro comercial. Marcuse, sin embargo, al concretar las conquistas de la nueva libertad del hombre, apenas si acierta a apuntar alguna cosa fuera del denunciar las trabas de la moral sexual cristian... Cuanto al trabajo, Marcuse lo juzga siempre necesario como medio para transformar la naturaleza poniéndola al servicio del hombre; pero entiende que la técnica permite reducirlo, al par que lo suaviza, concediendo al hombre actual a posibilidad de desarrollar sus fuerzas creativas en un trabajo “libre” y no alienado, en un tiempo sobrante, cada día más amplio, satisfechas sus necesidades materiales. Observando el desarrollo de la técnica, Marcuse ve posible una mayor liberalización y humanización del trabajo, sin esperar al cumplimiento de la profecía de Marx; y cierto que no peca en esto necesariamente de utópico.

Finalmente, unas observaciones sobre la posición de Marcuse en política internacional, 'no siempre consecuente con lo dicho en otras obras, y ni siquiera constante en los coloquios de Berlín. Urgiendo la formación de una conciencia contra los horrores del sistema occidental, había advertido Marcuse contra la justificación de su política por “el totalitarismo que se da en el otro lado”... Sin duda era posible, y obligado también el decir muchas cosas en su contra; pero había que reconocer que no era “expansionista ni agresivo”... (21). Löwenthal no olvidó las palabras de Marcuse y el día 12, volviendo sobre ellas, lo acorraló preguntándole cómo podía decir tal cosa desde el Berlín Oeste, víctima de la expansión oriental; y en su respuesta, aunque intentando reducir la agresividad del Este a los primeros años de postguerra, no pudo menos de rectificar, al menos parcialmente: “De todos modos, en ese sentido tiene usted razón, el totalitarismo del Este fue objetivamente expansivo y lo sigue siendo. No voy a entrar en la cuestión de la guerra de Corea. Baste con recordar que en modo alguno se ha aclarado nunca si fue de verdad Corea del Norte la que atacó, y que, además, tampoco se sabe exactamente la importancia que pudieron tener las provocaciones sistemáticas desde el Sur. Pero repito mi tesis que creo perfectamente sostenible: hoy, y ante la gigantesca fuerza expansiva y agresiva del sistema capitalista tardío, el totalitarismo del Este se encuentra materialmente a la defensiva, y se defiende, además, en forma desesperada” (22).

(21) Marcuse, *Ibid.*, p. 61.

(22) Marcuse, *Ibid.*, pp. 112-113.